

CAPITULO XXXVII.

Diciembre de 1860.

Marcha el ejército federal de Guadalajara para México al mando de Zaragoza. González Ortega sale de Guadalajara á tomar el mando en jefe del ejército federal.—Sorpresa á Berriozábal por Miramón en Toluca.—Miramón sale de México á atacar al ejército federal.—Preliminares y batalla de Calpulalpan resultando Miramón completamente derrotado.—Parte oficial de la batalla de Calpulalpan.—Aproximación del ejército federal á la ciudad de México.—El embajador español pide garantías para los jefes reaccionarios, en Tepeji.—Proclama de González Ortega.—Orden general para la entrada triunfal del ejército federal á México.—Detalles de la ocupación de la capital.

Al entrar diciembre, el ejército federal continuaba en marcha regular por el camino nacional hacia la capital al mando del general Zaragoza, siendo cuartel maestro el general Valle.

Iban las fuerzas constitucionalistas llevando de vanguardia la división de México al mando del general Berriozábal y ocupaba todo el ejército una extensión considerable desde Querétaro por Guanajuato, Apasco, Celaya, Salamanca é Irapuato, cerrando la marcha el cuerpo de ejército del Norte.

El día cuatro, salió de Guadalajara el general González Ortega, restablecido completamente de la enfermedad que le había obligado á separarse del ejército; sale de dicha ciudad á tomar el mando en jefe del ejército de operaciones.

El día nueve, á las once de la mañana, fué sorprendida por Miramón la primera brigada de la división de México, en la ciudad de Toluca, quedando prisionera toda la brigada, tras una corta resistencia que opusieron el primer batallón ligero en San Francisco y el batallón Reforma en el Carmen. (1)

Miramón había salido la víspera de la capital con tres mil hombres, y realizó la sorpresa en virtud de que, la fuerza con que dió el golpe de mano, fué guiada por un oficial desertor, y engañó á las avanzadas de Toluca porque vestía aquella uniforme igual al de los mosqueteros de Berriozábal.

Las pérdidas en esa acción fueron mil trescientos prisioneros, entre ellos el general Santos Degollado sin mando; el general en jefe de la división de México, Berriozábal, herido; los coroneles Benito Gómez Farías, Ventura Paz y otros muchos jefes y oficiales; mil catorce fusiles, doce cañones y considerable cantidad de parque.

Degollado, Berriozábal y Gómez Farías, conducidos á México, quedaron presos en el Palacio Nacional tratándoseles con toda consideración.

El ejército federal continuaba avanzando; el día quince, González Ortega, en Querétaro, dicta las órdenes conducentes para que el ejército entre al valle de México y se aproxime á la capital.

El jueves veinte de diciembre estaban reunidas con las fuerzas de su mando, en Arroyosarco, lo generales González Ortega, Zaragoza, Alvarez, Valle, Aramberri, Quijano, Antillón, Lamadrid y otros, prontos para entrar en acción.

Miramón, con los fondos ingleses, había organizado y equipado un cuerpo, fuerte de ocho mil hombres, con veinticuatro piezas de artillería de batalla y diez y seis de montaña, y al frente de ese cuerpo salía de la capital el día diez y nueve, pernocta en Cuantitlán,

[1] La división Berriozábal tenía entre sus filas refundidos más de novecientos soldados de los que se tomaron prisioneros á Márquez en Calderón; la artillería de la misma división era la quitada á Márquez en la derrota de Calderón.

va á atacar al ejército constitucionalista: ya era tiempo, el enemigo estaba encima.

El día veintiuno de diciembre el ejército federal salió de Arroyosarco y al apercibirse de la presencia del enemigo, reconócese el campo y se formó línea de batalla en las lomas de San Miguelito, Calpulalpan; allí se avistó el ejército reaccionario, reconoció el campo liberal tiroteándose las avanzadas, y estableció Miramón su batalla paralela á la contraria.

«Sábado 22.—Al amanecer, el enemigo avanza en columna su infantería y artillería sobre nuestro flanco izquierdo, para utilizar las ventajas del terreno, apoyándose en una pequeña eminencia, en una toma de agua y en algunas cercas de piedra que cubren sus piezas y sus infantes pretendiendo envolar este flanco y tomarnos la retaguardia: caso previsto ya por nuestros jefes.

«Inmediatamente se cambia de frente, quedando nuestras fuerzas colocadas en este orden: la primera brigada de Michoacán y lijera de Jalisco á la izquierda: división de San Luis con la segunda y tercera de Michoacán y treinta piezas de batalla, en el centro: las divisiones de Zacatecas y Guanajuato en la derecha. Toda la caballería en los flancos.

«A las ocho y cuarto de la mañana se rompe el fuego en toda la línea. El enemigo destaca una fuerte columna, con intención de apoderarse de una loma, para flanquearnos por la izquierda, en la cual se encuentra Zaragoza. Ortega y Alvarez, á la derecha, están pendientes de los movimientos del enemigo. Cuando este ha movido todas sus columnas, con la intención de flanquear nuestra ala izquierda, el general en jefe ordena á Zaragoza que cargue, lo cual ejecuta este intrépido joven con su natural valor: dispone, pues, que el general Régules, con la primera brigada de Michoacán, apoyada por la lijera de Jalisco al mando del coronel Toro, y protegida por ocho piezas de batalla, salga al encuentro del enemigo, como se ejecuta con un orden admirable.

«Aramberri, á la cabeza de otra columna, compuesta de la división de San Luis y de la segunda brigada de Morelia, avanza también rompiendo sus fuegos sobre el enemigo. La escolta de Zaragoza protege el movimiento.

«González Ortega, á cuyo lado se encuentran Alvarez y Valle, se pone á la cabeza de las divisiones de Zacatecas, cuyo mando tie-

ne el valiente general Francisco Alatorre y de la de Guanajuato, al del joven Antillón; avanza por la derecha á paso veloz á coger la retaguardia al enemigo. En este instante supremo manda que el general Mena cargue con la caballería que tiene á sus órdenes: Mena titubea, exponiendo el éxito de la batalla. Los soldados que notan la indecisión de su jefe, casi retroceden: entonces Ortega en persona va á organizar esta columna, la obliga á cumplir con su deber, y vuelve á ponerse á la cabeza de las divisiones de Zacatecas y Guanajuato, que á paso veloz, con el arma empuñada, marchan á tomar la retaguardia al enemigo, al que arrollan completamente, tomándole todos sus trenes y pertrechos de guerra. El ejército reaccionario ha desaparecido. Hay cerca de cuatro mil prisioneros Solo se han escapado los principales cabecillas.

«Dar á conocer los hechos de cada uno de los jefes, oficiales y soldados del ejército federal es empresa difícil: baste decir que todos cumplieron con su deber.

«El general Mena y otros jefes son dados de baja por cobardes. Recibe ascenso á general el coronel Castro.» (1)

En el parte oficial de González Ortega dice que á la brigada de Jalisco se debió la solución feliz de la batalla de Calpulalpan. Hélo aquí:

«República Mexicana.—Ejército Federal.—General en jefe.—Excmo. Sr.—Con esta fecha digo al Excmo. Sr. Ministro de la guerra lo siguiente:

«Excmo. Sr.—El día de hoy y después de un combate reñido, han sido completamente derrotadas por las fuerzas de mi mando, las tropas enemigas, que en número de ocho mil hombres y 30 piezas de artillería acaudillaban D. Miguel Miramón, Márquez, Vélez, Negrete, Ayestaran, Cobos, Valle y Miramón (Joaquín), dejando en nuestro poder sus trenes, su artillería, su parque y millares de prisioneros. El combate comenzó á las ocho de la mañana en las lomas de San Miguel Calpulalpan y concluyó un poco después de las diez. Lo dieron por nuestra parte las divisiones de Zacatecas, San Luis, Morelia, Guanajuato, y una brigada de Jalisco á cuyo valor es de-

(1) No debe confundirse al general Mena citado por Pérez Gallardo con el actual Ministro de Guerra y Marina, Sr. Gral. D. Francisco Z. Mena que concurrió á la misma batalla de Calpulalpan como capitán de infantería del 1.º Batallón Ligero de Zacatecas.—NOTA DEL AUTOR.

bido este importante triunfo, con el que es ya indudable que está conseguida la paz en la República.—Sírvasse V. E. felicitar al Excmo. Sr. Presidente por este suceso, anunciándole que probablemente pasado mañana estará el ejército federal en la capital de la República, para donde á su nombre suplico al mismo Excmo. Sr. Presidente, se digne dirigir cuanto antes, á fin de hacer más expedita su acción para que se consolide el orden constitucional.—Reitero etc.»

«Y tengo el honor de transcribirlo á V. E. para su conocimiento, reiterándole con este motivo las seguridades de mi aprecio y consideración.

«Dios, Libertad y Reforma.—San Francisco Soyaniquilpan, diciembre 22 de 1860.—*Jesús G. Ortega*.—Excmo. Sr. Gobernador del Estado de Jalisco. Guadalajara.»

El día veinticuatro se levantó el campo y avanzó el ejército federal hasta Tepeji, en dirección de la capital. En Tepeji recibe González Ortega al embajador español y al ministro de Francia comisionados por Miramón para pedir garantías para los jefes reaccionarios. González Ortega se niega á otorgarlas; pero para los habitantes pacíficos ofrece velar por su seguridad personal.

Martes 25.—A las nueve de la mañana entra á la capital acompañado de su secretario y escolta el general Zaragoza. A las once lo verifica el Sr. González Ortega, en medio de un júbilo indefinible. A la vez entra la división del Estado de México, al mando del Sr. general Ramírez, y poco después el ejército del Norte, con su jefe el Sr. Aramberri.

La población se encuentra alarmada: sus habitantes no tienen idea de lo que es el ejército federal. La prensa reaccionaria, la prensa difamadora de México, ha hecho creer á sus habitantes que el ejército federal se compone de *chusmas* desorganizadas y temen por su seguridad y por sus intereses. Todos los extranjeros enarbolan sus banderas, y los jefes liberales sufren este insulto con su genial cordura.

Miércoles 26.—Una parte de la población conserva su aspecto desconfiado. El general en jefe dirige á sus habitantes esta sencilla manifestación: «Conciudadanos:

«Tres años habéis permanecido sujetos al capricho de falsos mandarines, que disponían despóticamente de vuestras vidas y propiedades. Nada ha sido sagrado para esos hombres que proclamaban

garantías y ningunas respetaban. Hoy vuestra situación ha cambiado. Estoy aquí para defender vuestros legítimos derechos. Yo no vengo á ejercer ni á satisfacer venganzas; vengo á dar respetabilidad á la ley, y á colocar á los supremos poderes de la Nación en su legítimo santuario. Pronto se hallarán en este lugar, y entonces cesará el poder discrecional que se me ha confiado.

«Habitantes del Distrito: Volved á vuestras ocupaciones diarias sin temor y sin desconfianza. Allí están, dispuestos á velar por vuestra seguridad, los valientes soldados del ejército federal; esos soldados humildes, que si han vencido á sus enemigos en los campos de batalla, después del triunfo han abrazado á sus hermanos.

«Yo os ofrezco por garantía la moralidad de mis actos como jefe de las armas nacionales.

«Paz, Orden, Libertad, Reforma: he aquí la divisa de vuestro conciudadano y amigo.—*Jesús González Ortega*»

«Una hora después ya no se vé ni una bandera. Los habitantes de la capital, llenos de regocijo, se entregan á sus ocupaciones ordinarias, con la confianza que inspira la promesa solemne del hombre que, si ha sabido vencer á sus enemigos en los campos de batalla, después del triunfo ha sido generoso y magnánimo con sus contrarios. En esta obra grandiosa, que nos ha conducida de triunfo en triunfo hasta la capital de la República, ha encontrado el general en jefe dignos colaboradores. Zaragoza, Aramberri, Valle, Doblado, Huerta, Alatorre, Lamadrid, Antillón, Berriozábal, Ramírez, Arteaga, Régules, Bello, Alvarez, Guiccione, Veraza, Toro, y tantos y tantos hombres ilustres, que han luchado en defensa del principio de la legalidad, y que no han puesto el menor embarazo al soldado intrépido, al jefe improvisado, cuyo genio militar hizo brotar esta lucha tremenda que ha sostenido el pueblo con las que se llamaban clases privilegiadas.»

Veamos como se dispuso la entrada triunfal del ejército federal á la ciudad de México:

«*Orden general extraordinaria del ejército federal, del 29 de diciembre de 1860.*

Debiendo entrar en la capital de la República el ejército federal que ha tenido la gloria de exterminar á los facciosos armados del Plan de Tacubaya, los diferentes cuerpos de ejército, divisiones

brigadas que lo componen, se hallarán á las ocho de la mañana del 1.º del entrante enero formados de la manera siguiente:

La Brigada Ligera, en la calzada de Chapultepec, dando frente al Norte, y llevando seis piezas de batalla. A ésta, en la línea, seguirá la división de Michoacán, con cuatro baterías, y luego la de Guanajuato, con dos.

En la calzada de la Piedad, dando frente al Poniente, el cuerpo de ejército del Norte, con tres baterías por división; á continuación la división de México, con dos baterías de batalla.

En la calzada que de la Plaza de Toros nueva conduce á la Hacienda de la Teja, la división de Oriente, apoyando su cabeza en la estación del ferrocarril, y dando frente al Norte. Llevará dos baterías de batalla.

Todas las fuerzas de infantería que no reconozcan división, formarán con la de Oriente.

Seis carros que conduzcan los morteros, sus montajes y bombas, se situarán á la izquierda de la división de Oriente.

Toda la caballería del ejército formará apoyando su derecha en la izquierda de la división de Oriente, y prolongando su línea en la dirección de la calzada que conduce á Tacuba.

La columna en su marcha, llevará el orden siguiente:

Descubierta. Escuadrón de Lanceros de la Libertad de Michoacán y brigada ligera.

Excmo. Sr. general en jefe, y Estado Mayor del ejército.

Cuerpo de ejército del Norte.

División de Michoacán.

División de Guanajuato.

División de México.

División de Oriente.

Carros.

Caballería.

La dirección de la columna será: Paseo-Nuevo, calles de Corpus Christi hasta la Plaza, donde variará á la izquierda para tomar las calles de Santo Domingo; contramarchará á la derecha por la calle de las Moras, para tomar las del Relox y pasar en columna de honor por el frente de Palacio. Seguirá los Portales de las Flores, Agustinos y calle de la Independencia, y al llegar á San Juan de

Letrán, se retirará cada cuerpo por su izquierda á sus cuarteles, con el toque de fagina.

El comandante general de artillería, cuidará de que las divisiones tengan las piezas que se designan en esta orden, todas ellas de batalla. Las de montaña quedarán en sus cuarteles.

De orden de S. E., *Zaragoza*, comunicada, *Vega*.

Entrada del ejército federal á México.

He aquí los términos en que refiere esta grandiosa solemnidad el periodista Florencio María del Castillo:

«El día 1.º de enero de 1861 será memorable en los anales de México. Su recuerdo no se borrará nunca, porque deja en todos los corazones una impresión profunda. Ha sido un día de júbilo positivo, de ardiente entusiasmo, en que la población entera ha manifestado sus ideas, sus emociones, sus esperanzas.

«El bando reaccionario ha sufrido hoy la mas completa y solemne derrota; una derrota más importante acaso que las que ha recibido en los campos de batalla: la derrota de la opinión pública.

«El pueblo, en quien los hombres de lo pasado tenían tanta fé, creyéndolo fanático y afecto al orden de cosas que ellos defienden, ha demostrado del modo más patente y espontaneo, que ama la libertad, que desea la reforma, que quiere marchar por la vía del progreso.

«Ni cómo era posible que fuera de otra manera? Qué representa para él el bando del retroceso sino la leva, la criminal leva, las extorsiones de todo género, las contribuciones que arrancan el pan de los labios de los pobres, la ignorancia, la represión, la falta de libertad hasta para divertirse, la pobreza, la miseria? Qué le ofrece el partido liberal, qué le cumple desde el momento de su advenimiento? la libertad, el bienestar, beneficios prácticos, el aumento del trabajo, la igualdad, la protección, la mejora incesante y ascendente de su condición, la instrucción! Con unos es cosa, es vulgo, es canalla; con los otros es una entidad, es un ser dotado de inteligencia y de corazón, es ciudadano. ¡Como, pues, no había de haber una diferencia inmensa, radical, entre esas fiestas impuestas por la fuerza, regularizadas con las bayonetas, las multas y las amenazas de ir á la carcel, á las cuales asistía el pueblo sombrío y silencioso, y esa festividad de hoy, tan libre, tan espontánea, en la cual el pueblo toma la más grande parte, celebrando su triunfo, celebrando su

dicha, vitoreando á los valientes que le han devuelto la libertad y el ser del hombre!

«Nosotros creemos, que si en el bando reaccionario hubiera siquiera un resto de conciencia, renunciaría para siempre á sus pretensiones ante un espectáculo como el de hoy, convencido de que la opinión le es contraria.

«¿Cómo han podido creer esos hombres que impondrían un orden de cosas, que rechazan tan abiertamente los instintos populares, la razón, la civilización, el mismo interés general?.....

«Tal vez antes podían hallar almas sencillas que creían sus mentidas palabras de orden, moralidad y decencia; pero lo que acaban de hacer durante tres años, que han permanecido apoderados de esta ciudad, ha abierto los ojos á todo el mundo, ha puesto las cosas en su verdadero punto de vista. El bando del retroceso ha sucumbido para siempre!

«La solemnidad de hoy es de esas que no pueden describirse; es uno de esos actos que es preciso presenciar, y de los cuales ningunas palabras podrían nunca dar una idea cabal. Sin embargo, en obsequio de nuestros lectores foráneos, daremos una pequeña descripción.

«Desde el momento en que se supo con certeza que el ejército federal haría en México su entrada el día 1.º del año, los ciudadanos todos se apresuraron á hacer una solemne demostración de su patriotismo.

«Las calles por donde debía pasar la columna, estaban adornadas con un lujo y profusión, que pocas veces se han visto. En casi todas las demás calles de la ciudad se veían cortinas y adornos, y las notamos aún en algunas torres.

«El golpe de vista que ofrecía la línea de San Francisco hasta la plaza de la Constitución, era bellissimo: en esa carrera había dos arcos de triunfo: uno de estilo arquitectónico en la antigua calle del Correo, y otro rústico, de follage, con alegorías pintadas, en la segunda calle de Plateros. El primero había sido costado por varios particulares, y tenía encima una plataforma, adornada con banderas y trofeos, y en la cual una escogida orquesta y multitud de cantantes entonaron un himno. El segundo arco, que se elevaba hasta la altura de las casas, había sido levantado por los alumnos de la Academia Nacional de Bellas Artes. Estaba coronado por un ge-

nio, sobre cuya frente brillaba una estrella, y en cuya mano se advertía un cartel con el lema: "Constitución de 1857."

«Llamaba la atención por su adorno, tan espléndido como elegante, la casa, frente á la Profesa, donde tiene sus reuniones el club alemán.

«Puede decirse sin exageración, que toda la línea, en una y otra acera, era un cordón no interrumpido de fajas con los colores nacionales, de coronas de flores, de adornos del más exquisito gusto.

«Todos los balcones estaban ocupados por el bello sexo, que participaba del entusiasmo público, desmintiendo así esa especie que quieren hacer valer nuestros enemigos, de que la mujer es enemiga de la libertad, sin comprender que esa es una verdadera heregía, porque el corazón de la mujer por su misma sensibilidad, por sus propias condiciones, ama más la libertad, á la cual le debe su condición actual.

«Había una multitud de gente en las calles del tránsito, y se observaba con gusto que no había valla, ni aparato militar de ninguna clase, sin que por eso se observara el más leve desorden.

«Poco antes de las doce del día comenzó á hacer su entrada el ejército Federal, que desde el primer momento fué recibido con las aclamaciones de júbilo de un pueblo que le debía haber cobrado el pleno goce de su libertad.

«Después de la descubierta, venía el Exmo. Sr. general en jefe D. Jesús González Ortega con el Estado Mayor del ejército. Diversos clubs y una multitud de ciudadanos, precedidos de estandartes rojos, en los que se leían con letras blancas los deseos del partido liberal, rodearon al Sr. Ortega frente á la Alameda, y se incorporaron en la comitiva.

«El Exmo. Ayuntamiento, que según lo tenía dispuesto, salió acompañado de algunas escuelas, comisiones de varios colegios y multitud de particulares, á recibir al ejército Federal, encontró al señor general en jefe en la calle del Puente de San Francisco. (1)

«El Sr. Ortega, al ver á la corporación Municipal, se apeó del caballo en que venía, y se adelantó á recibirla á pié. En este mo-

(1) El personal del Ayuntamiento era el mismo que funcionaba en diciembre de 1857 al verificarse el golpe de Estado, y la corporación se reunió esta vez convocada por Berriozábal.—NOTA DEL AUTOR.

mento, D. Florencio del Castillo, por comisión del Exmo. Ayuntamiento, dirigió una alocución á nombre de México, al ejército Federal, y puso en mano de su general en jefe, el estandarte de la ciudad, como un testimonio de honor y de gratitud, excitándolo á que desplegara en la difícil senda que queda aún que recorrer, la misma constancia y la misma energía de que ha dado tantas muestras en los campos de batalla.

«El Sr. González Ortega, cuya palabra es viva y fácil, y cuya imaginación es eminentemente poética, contestó lleno de arrebatos y entusiasmo, agradeciendo el honor que le hacían el Ayuntamiento y la ciudad de México, y manifestando cuántas y cuán justas eran las simpatías de los Estados por la capital. Cada palabra era interrumpida y ahogada por la multitud de vivas y exclamaciones en que prorrumplía el pueblo.

«El Sr. González Ortega empuñó el estandarte que se le había presentado, é incorporado con el Ayuntamiento, emprendió la marcha; una marcha verdaderamente triunfal.

«De cada balcón del tránsito caían lluvias de flores, de coronas de laurel, de aguas de olores. El pueblo circundaba á los valientes defensores de la libertad, y era un espectáculo conmovedor ver á los pobres artesanos, á los infelices, adelantarse, penetrar por entre los grupos, y ofrecer personalmente una flor al general en jefe, quien la recibía con afabilidad, y hallaba siempre alguna cosa que contestar.

«Al llegar frente Hotel Iturbide, cuyos balcones estaban llenos de bellísimas señoritas, que arrojaban á porfía sobre los modestos y valientes republicanos multitud de versos, de coronas de flores; el Sr. Ortega percibió modestamente oculto al Sr. D. Santos Degollado, y saludándole con el estandarte que llevaba en la mano, gritó exigiéndole que bajase á recibir la ovación que él era el primero en tributarle por su constancia y su fé. Supo también el Sr. González Ortega que en el mismo hotel se hallaba el Sr. Berriozábal, y exigió igualmente que bajara.

«El Sr. Degollado y el Sr. Berriozábal se negaban á bajar y participar de un triunfo que, según ellos, merecía tan solo el Sr. Ortega; pero éste exitó á muchas personas á que fueran á traer, como en efecto lo hicieron, á los modestos republicanos que querían

evitar que el público les manifestase solemnemente sus simpatías.

«Cuando el Sr. Degollado llegó hasta donde estaba el Sr. general en jefe, éste le abrazó públicamente, proclamó su mérito, lo vitoreó, y puso en sus manos el estandarte que llevaba, declarando que nadie mejor que él era digno de llevar esa enseña que en sus colores gloriosos simboliza la independencia, la libertad, la reforma.

«El Sr. Degollado, vitoreó al Sr. González Ortega y aquella fué una escena sublime y tierna, que arrancó lágrimas de entusiasmo de todos los corazones. Fué un acto aplaudido por todos, y que ha revelado los purísimos sentimientos que animan á los caudillos de la reforma.

«El Sr. Berriozábal fué objeto de las mismas demostraciones.

«Nosotros aplaudimos vivamente este paso, porque él revela mejor que nada la unión perfecta, la simpatía que hay entre todos los jefes.

«El Sr. Ortega saludaba á todos los pabellones extranjeros que estaban enarbolados en el tránsito: á todos los que le dirigían la palabra, les contestaba, y lloraba de gozo al contemplar las demostraciones de simpatía de que era objeto el ejército federal.

«Antes de terminar la primera calle de San Francisco, le fué presentada una corona de laurel y de flores de mano, que rehusó poner sobre su frente, y colocó él mismo sobre la del Sr. Degollado.

«La comitiva se detuvo frente al primer arco, para escuchar el himno, cuya letra sentimos no haber conseguido. Terminado el himno, fué entonada la Marsellesa, esa marcha que conmueve los corazones de todos los pueblos, y la multitud repitió el coro.

Una segunda corona de flores de mano, que recibió el Sr. Ortega, la cedió al Sr. Berriozábal.

En la 2.^a calle de Plateros supo el Sr. González Ortega que los Sres. Ocampo, Mata y Llave estaban en una casa, y los hizo igualmente bajar, abrazándolos públicamente, y felicitándolos por los trabajos que han emprendido para obtener el triunfo.

«Diversas coronas que recibía de manos de preciosas niñas y niños, las repartía entre esos señores; pero al fin el pueblo, venciendo su modestia, le obligó á conservar algunas para sí. En cuanto á

las coronas de flores, no les bastaban ya los brazos á los Sres. González Ortega, Degollado, Berriozábal y á cuantos les rodeaban, para contenerlas. Era una lluvia continua de guirnaldas, de ramilletes de flores, de listones con lemas y dísticos, de versos que caían de todos los balcones y azoteas.

«El número de espectadores era inmenso: apenas se podía mover la comitiva. El aire estaba poblado de aclamaciones, de vítores, de alabanzas! Era el concierto universal de un pueblo agradecido; era la vibración unísona de todos los corazones conmovidos por unos mismos sentimientos.

«La población extranjera ha tenido el mayor empeño en demostrar en esta vez las simpatías que la animan en favor de la libertad y del progreso de este país.

«Ella también ha visto ayer, que México no hace distinciones, y que trata á todos los extranjeros como hermanos, y hermanos queridos.

«Mas de dos horas tardó la comitiva en recorrer, desde las calles de San Francisco hasta la Plaza de la Constitución. Allí tomó en línea recta hasta el Palacio, y el pueblo acompañó al general en jefe hasta los salones de la presidencia.

«Y en medio de todo esto no ha habido el más leve desorden, ni el más insignificante disgusto; no ha habido más que entusiasmo y júbilo.

«Las tropas siguieron la carrera que estaba marcada en la orden general, y en todo el tránsito observaron las mismas muestras de júbilo y de simpatía. Al volver á sus cuarteles, no había tal vez un solo soldado que no llevara las manos llenas de flores.

«La marcha de la columna terminó hasta cerca de las seis de la tarde. Desfilaron más de veintiocho mil hombres, y México ha podido ver que eso que llamaban chusmas, son soldados republicanos y modestos, pero instruidos y valientes.

«Por la noche la iluminación fué casi general, y en muchos lugares, como en el club alemán, verdaderamente lujosa.

«Y todas estas demostraciones, lo repetimos, sin orden ni apremio ninguno.

«Han sido espontáneas y voluntarias, y por lo mismo han sido magníficas.

«Tal ha sido el día de ayer. Día sublime que inaugura una época nueva de regeneración y de progreso. Día de grandes lecciones para los que creían que el pueblo mexicano no tenía opinión.»

FIN.